

Ante el Congreso Catequístico

(La Voluntad del Catequizando)

DECIAMOS en el artículo del mes pasado que el catequista debe cultivar preferentemente la inteligencia y la voluntad del catequizando. Hoy hablaremos de la segunda.

Un competente catequista contemporáneo, el Pbro. Jesús González, escribe en su obra "Lo que debe ser un Catecismo" que: "el blanco del catequista debe ser la formación de recias voluntades y caracteres firmes en sus educandos". He aquí en síntesis el tema de estas páginas.

La acción del catequista queda incompleta si llega hasta la inteligencia del niño, pero no pasa de ahí. Porque su misión no es la de ilustrar o instruir sino la de formar y educar. Debe enseñar al niño las verdades de la religión no tanto para que las conozca cuanto para que las crea y las cumpla; y para conseguir esto, necesita adentrarse hasta la voluntad.

Son dos cosas distintas el iluminar el entendimiento y el fortalecer la voluntad. La primera queda en el plano de la teoría, pero la segunda baja al plano de la práctica. Puede suceder que el entendimiento conozca claramente las verdades de la fe, y que la voluntad no quiera abrazarlas ni caminar a su luz. Por eso sucede que en el mundo religioso hay tanto creyentes del Credo y a la vez apóstatas de los Mandamientos.

Previendo tales hechos irracionales es cierto pero reales, el catequista ha de ingeniarse para hacer en sus catequizandos una doble instalación: luz y fuerza. Y convéznase de que en sus almas más que faros luminosos hacen falta motores potentes para subir la cuesta de la vida.

Estará aquí la aclaratoria del fracaso de tanta cultura religiosa, de tantas explicaciones de religión, y de tan poca práctica de religión entre nuestros niños y adolescentes?

Sí es la aclaratoria, al menos en par-

te. Porque es cierto que la catequesis ha cultivado mucho la memoria de los párvulos, ha ilustrado bastante sus inteligencias pero ha educado poquísimo sus voluntades.

Este es un defecto harto frecuente, aunque no universal; y que a nuestros pobre juicio, es la causa principal interna (las externas son otras muchas, el cine, etc.) de la ruina religiosa y moral de la niñez. No hemos formado voluntades!!!

Reflexionemos un poco. ¿Cómo enseñamos el catecismo?

Tal vez como se explica y desarrolla una clase de Gramática y Geografía? Volando por las alturas de lo especulativo y teórico, en vez de caminar hacia lo concreto; haciendo una disertación acerca de la Santísima Trinidad o acerca del Pecado o de Eucaristía como podríamos disertar acerca de un teorema de geometría; friamente, humanamente sin remontarnos a lo sobrenatural y divino? Además, con caudal de doctrina sí, pero con sentimiento y vivencia? Cabeza, sí, corazón no.

Es decir que los niños salen de la clase de catecismo como alumnos de Teología o universitarios después de oír al Maestro Teólogo. Han escuchado y entendido las verdades del Dogma y de la Moral, pero tal vez no sienten esas verdades; ni mucho menos salen dispuestos a vivir según ellas.

Ya conocen la religión; pero la aman, la practican? Muy bien conocía aquel filósofo cristiano, aunque impío, a Cristo y su santa cruz. Sin embargo cuentan que dijo: "cuando yo muera, no pongan la cruz sobre mi tumba; porque es muy pesada". No es lo mismo conocer que amar.

Queremos mucha instrucción, pero más oración. Para conseguirlo, no sería bueno transformar nuestras explicaciones de catecismo en meditaciones de catecismo?

Aclaremos y razonemos esta proposición que a primera vista podrá parecer a algunos menos acertada.

Uno de los métodos de orar que San Ignacio de Loyola enseña en su Libro de los Ejercicios es el "modo con las tres potencias". Es decir aplicar las tres potencias del alma sobre una materia determinada. Con la memoria memorando, con el entendimiento discurriendo y con la voluntad consecuentemente moviendo más los afectos.

Dicho ejercicio de las tres potencias comienza siempre con una oración preparatoria para pedir gracia a Dios; y termina con un Coloquio y los propósitos.

¿Quién puede objetar que este método de catequesis, que denomino "meditación" no es racional y aptísimo?

Prescindiendo del vocablo y ateniéndonos a lo objetivo, páreceme que este es el marco más apropiado para encuadrar nuestras clases de catecismo. Y subrayo insistentemente los dos últimos puntos; a saber, que debemos mover la voluntad del niño y debemos insinuarle el coloquio con sus propósitos prácticos para la vida.

En esto está el coronamiento de nuestra tarea de educadores. Porque "el catecismo debe enseñar a vivir la vida cristiana" dice el Papa Pío XI.

Aquí ha estado la falla de nuestras catequesis. Hemos efectuado catequesis mancas y defectuosas; con mucha dosis de memorismo, poca de elemento intelectual y menos aún del volitivo.

No son esas verdades para vistas, sino para poseídas. Esta razón nos mueve al propugnar que las explicaciones de catecismo deben transformarse en meditaciones. La explicación es obra solo del maestro; la meditación es de los dos, del maestro y del discípulo. La explicación crea alumnos doctos, sabios, intelectualidades; la meditación los crea sacrificados, cumplidores del deber, caracteres, a la vez que doctos.

Pero es que el niño es incapaz de meditar. Cómo podrá dar cañas el que sólo posee babas?

Respondemos que el niño, al menos llegado al uso de razón, sabe meditar a su modo: puerilmente y conducido de la mano por su catequista.

Sostenemos que en la clase de catecismo debe haber: a) Oración preparatoria; b) ejercicio de memoria, lo cual se practica preguntando la lección; c) exposición clara y concreta hasta pene-

trar en la inteligencia de la generalidad de los discípulos; d) moción de la voluntad por medio de ejemplos y afectos; e) finalmente oración de Coloquio y algún propósito práctico. Siendo capitales los dos puntos últimos.

Pero este esquema no es un armazón de hierro donde el catequista ha de acoplar rígidamente sus clases. Es más bien un guión elástico y variable según las circunstancias de materia y del auditorio.

¿Cómo no ha de ser factible este ejercicio a nuestros niños?

Veo que este es el método empleado por el especialista Pbro. Juan Tusquets en su obra "Manual de Catecismo" (Barcelona, 1933). Siempre pone fin a sus clases con un coloquio y un propósito, que los mismos niños deben hacer.

Idéntico sistema es el que rige y funciona en el Centro Catequístico Parroquial de Bilbao bajo la dirección del Pbro. Jesús González, con éxito y fruto tan copioso que ya su fama ha roto las fronteras nacionales y se divulga por toda Europa. El P. González ha sabido aprisionar entre sus manos la voluntad y el corazón de sus niños, formándolos en el troquel de la oración del sacrificio.

Este método practicaba San Francisco Javier, catequista gigante del Oriente, en las doctrinas misionales minuciosamente descritas en sus Cartas.

Finalmente, esta misma doctrina, si bien con distintas palabras, enseña el Papa Pío X en su gran Carta "Acerbo nimis" acerca de la Enseñanza Religiosa, de 1905:

—o—

HASTA aquí hemos tratado de probar que el catequista debe orientar todo su trabajo hacia la formación de la voluntad.

Cuando él piensa haber ya llegado a esta meta, conviene que distinga prudentemente entre el quiero presente y el quiero futuro de esos niños. Ya esas voluntades están en movimiento, pero es recibido de afuera. Busque la manera de que ese movimiento sea continuo y salga de adentro; que el impulso y propósitos formados por insinuación de él, se determinen, se amen y practiquen por convicción de ellos. Hasta que esas voluntades no sepan caminar por sí solas por la vía del deber, sin remolque, sobre los dos rieles de oración y sacrificio:

no podemos decir que son voluntades formadas.

Para solucionar esta dificultad y garantizar un porvenir seguro, debemos probar a los niños en la catequesis ejercitándoles en el vencimiento de sí mismos, y pertrecharles gradualmente de buenos hábitos para bien vivir.

"Vince te ipsum". Enseñemos a hacer propósitos y a cumplirlos fielmente. Para ello muy bien sirven esas alcancías donde durante el mes de Mayo los niños depositan escritos en una papeleta anónima los obsequios practicados por amor a la Virgen María.

El catequista debe leer frecuentemente ante los otros niños dichas papeletas (siempre de autor desconocido) para impulsarles al cumplimiento de actos similares. Ojalá que estas alcancías perdurasen en nuestras Catequesis durante todo el año. En Diciembre, en obsequio al Niño Jesús. En Junio, por el Corazón de Jesús. En Marzo, por San José. En Noviembre, por las Almas del Purgatorio, etc. . . .

Esta gimnasia espiritual de la voluntad con el vencimiento continuo, podría ser el deporte y alpinismo más propio de los niños catequizandos. Nunca llegarían a fatigarse; porque al niño generalmente le sugestionan y otra le grande y arduo. Su ideal son siempre los campeones, los héroes y los santos.

Véase como ejemplo a la vez que prueba de esta afirmación la lista de algunos sacrificios reales (no imaginarios) que los alumnos del citado Pbro. González han ofrendado a la Virgen en el mes de Mayo.

Escojamos algunas papeletas de la alcancía.

Día 1.— Recé todo el rosario en cruz.

Día 5.— Me dió mi tío una peseta para ir al cine, pero se la di a unos pobres.

Día 6.— Reconcilié a dos compañeros míos.

Día 8.— Me privé de la merienda.

Día 13.— Durante el camino para la escuela, dejé de mirar a los escaparates.

Día 16.— Al ir para casa, no pasé por una calle en que había malas compañías.

Día 24.— Di una limosna a un pobre para que comprara pan.

Otra papeleta habla de un niño que subía las escaleras de rodillas (hasta un

sexto piso) y rezaba una Salve a la puerta de su casa durante todo el mes para alcanzar la conversión de su padre!

Una niña "que se humilla ante su compañera, que la ha agraviado". Otra que camina "todo el día con piedrecitas en los zapatos para mortificarse". Otro niño que pide a su madre que "le ate las manos a la espalda para dormir sacrificado, toda la noche". etc. etc.

Así continúan más y más papeletas. ¿Qué mejor educación de la voluntad que esta?

Ahora bien, como las dos leyes Juego e Imitación son el eje sobre que gira la psicología del niño, conseguiremos de esta manera jugando que unos niños imiten los buenos ejemplos de los otros, oídos y ponderados de boca del catequista.

Este método les creará hábitos firmes para ansiar y obrar la virtud, aunque sea heroica.

Dicen que los cabritillos y terneros saltan y traspasan toda valla y altura adonde lleguen a poner la barba. También los niños, salva la comparación no más, si se acostumbran a barbear las alturas del sacrificio, se animarán a saltar y vencer toda clase de obstáculos para correr libres por los campos de la virtud.

Ah si los catequistas lográsemos realizar en los niños aquel consejo atribuido a Pitágoras: "Elegid resueltamente un género de vida irreprochable, sin hacer caso de las dificultades que se ofrezcan al principio; porque muy pronto el hábito os allanará la senda, y os facilitará subir por ella".

Más para llegar a las alturas del hábito no hay otra senda que la rutinaria y cansona de la repetición consciente de actos y más actos.

Sembremos hoy para cosechar mañana, según aquel epifonema alegado por el pedagogo F. W. Foerster en su "Instrucción de la Juventud" (Madrid, 1935)

"Siembra un deseo y recogerás una acción.

Siembra una acción, y recogerás una costumbre.

Siembra una costumbre, y recogerás un carácter.

Siembra un carácter, y recogerás un destino".

V i c t o r M . S a l c e d o , S . J .